

la sociedad actual ante el trabajo: crisis y perspectivas

Ildefonso Camacho

Las cifras de paro han alcanzado cotas tan alarmantes en nuestra sociedad desarrollada que el desempleo se ha convertido en el problema número uno del momento (juntamente quizá con el de la inseguridad ciudadana). Muchos economistas piensan que el trabajo ha dejado de ser un bien asequible a todos y que, en consecuencia, de cara al futuro, habrá que pensar soluciones radicales si queremos que todos tengan acceso a un puesto de trabajo remunerado.

Al mismo tiempo, constatamos en nuestra sociedad cómo muchos, sobre todo entre los jóvenes, rechazan esta forma de concebir la vida heredada de nuestros antepasados recientes que coloca en el centro de la existencia la actividad remunerada (desarrollada, por otra parte, muchas veces de modo bastante deshumanizante). Parece, a primera vista, como si no les importase mucho un futuro sin trabajo, al menos sin ese tipo de trabajo tan característico de la sociedad industrial desarrollada.

Son dos maneras distintas, casi contradictorias, de vivir el problema. Para unos, lo trágico es que no haya trabajo para todos. Otros, lo que no estarían dispuestos a aceptar es el tener que trabajar en el futuro según el modelo que nos han dejado nuestros mayores. ¿Es esto una muestra más de la *complejidad de la crisis* por la que atraviesa nuestra sociedad? Para mí significa, ante todo, que la crisis que tiene su manifestación más llamativa en el paro, lejos de circunscribirse al terreno económico, afecta a todos los niveles de la vida social hasta llegar a ser una verdadera *crisis cultural*. Por

eso el estudio que sigue, que intenta abordar los dos aspectos del problema, ayudará a comprender mejor la crisis en su totalidad.

Quisiéramos evitar, sin embargo, desde el comienzo, la impresión de un horizonte sin perspectivas. La crisis actual, con ser profunda, no debería interpretarse sólo en sentido negativo: con la nostalgia de una época que se va para siempre —como si fuéramos arrojados del paraíso definitivamente—

Por el contrario, hay que ahondar en su dimensión positiva: como toda crisis, no sólo significa el fin de una era, sino también el comienzo de otra. Sin duda, hoy resalta más lo que se va que lo que viene. El futuro es incierto. Pero no tenemos derecho a suponer a priori que será peor. Esta actitud exige cierto optimismo, que para muchos puede resultar gratuito. Sin embargo, es lo único que pediría yo como condición para poder seguir leyendo estas páginas. Dichos con otras palabras, abrirse al futuro sin tener como único modelo de referencia el pasado.

Una sociedad donde no hay trabajo para todos

Este es el primer dato de la situación. No merece la pena detenerse mucho en él, puesto que es evidente. En España andamos rondando los tres millones de parados. Por mucho que discutan los técnicos si hemos rebasado ya esa cota o no, y si los criterios para contabilizar el paro son los más adecuados o están también siendo sometidos a manipulación por los intereses políticos del gobierno¹, el hecho bruto está ahí: el paro ha alcanzado unas dimensiones como no se recuerdan en todos los países occidentales desde los años negros que siguieron a 1929.

El problema no es sólo español. Afecta a todos los países occidentales desarrollados, aunque su intensidad sea diferente en unos y otros. Entre 1973 y 1984 el paro ha crecido ininterrumpidamente en la práctica totalidad de los países de la OCDE, pero de una manera especial en Centroeuropa. Para el conjunto de los países europeos de la OCDE, la tasa de desempleo pasó del 3.5% en 1973 a 11.0% en 1984. En España, el salto fue mucho más

¹El verano pasado, con ocasión de la publicación de la Encuesta de Población Activa, fueron modificados los criterios para determinar a quien se considera parado. Se amplió el concepto de "ocupado": desde ahora se considera "ocupada" a toda persona que haya trabajado al menos una hora (!) durante la semana anterior a aquella en la que se lleva a cabo la encuesta (naturalmente, esto reduce de forma automática el número de parados que dan las estadísticas). Se justificó este cambio por la necesidad de homologarnos a los criterios usados en la Comunidad Económica Europea... Además, muchos piensan que el paro "real" es muy inferior al paro estadístico: para ello invocan el hecho de la "economía sumergida", a la que me referiré luego. Todos estos hechos, y otros que se podrían aducir, son dignos de ser tenidos en cuenta, pero no son suficientes para restar importancia al paro como epidemia de nuestra sociedad.

llamativo en esos doce años: pasamos del 2.5% al 21.2%, cifra esta última en la que estamos prácticamente estabilizados hasta el momento presente².

Pero no sólo aumentan los parados. Además disminuyen los activos³. La falta de perspectivas de encontrar un trabajo reduce los estímulos para buscarlo y convierte automáticamente a los "parados" en "no activos". En consecuencia, cada vez es menor la proporción de ocupados sobre el volumen total de la población. En una situación extremadamente grave a este respecto se encuentra España: según los datos de la OCDE para 1984, nuestro país era el que tenía la tasa más alta de paro (21.2%) y la tasa más baja de actividad (55.4%) de entre los 24 incluidos en dicha organización de países desarrollados de todo el mundo. Una explicación a este hecho puede encontrarse en el escaso porcentaje de mujeres que trabajan en España, también el más bajo de la OCDE (33.1% en 1984)⁴: y es que el proceso de incorporación de la mujer al trabajo, que es un fenómeno típico del desarrollo socioeconómico, en España no ha podido consolidarse debidamente a causa de la irrupción de la crisis económica.

También conviene tener presente para comprender el alcance del paro la forma diferente en que afecta a los distintos grupos de población. En el caso de España, el paro azota sobre todo a las mujeres y a los jóvenes menores de 25 años. En algunos países, por el contrario, los segmentos de población más afectados son los que se encuentran entre los 25 y los 54 años, porque los colectivos que se encuentran fuera de él se benefician de medidas especiales puestas en marcha por los gobiernos (política de empleo juvenil o de adelantamiento de la edad de jubilación). En otros, en cambio, el paro afecta sobre todo a la mujer. Cuando las tasas globales de desempleo son muy elevadas, entonces el colectivo más azotado suele ser la juventud, en concreto los que buscan el primer empleo. España se caracteriza por un alto porcentaje de paro en la mujer y, sobre todo, en la juventud.

Hasta ahora hemos examinado más bien los aspectos cuantitativos del paro. Pero más importante es aún su *dimensión cualitativa*. Señalaría por ahora dos hechos, a la espera de entrar más a fondo en el tema en apartados posteriores. Un *primer hecho* se refiere a las consecuencias del desempleo sobre la psicología del parado: su sensación de inutilidad social, de falta

²Los datos son los facilitados por la misma OCDE. Véase: OCDE, *Statistiques retrospectives 1960-1984*, p. 39.

³A primera vista parece que estamos diciendo la misma cosa. Pero no. "Activo" es todo aquel que está en condiciones de trabajar y busca trabajo, lo consiga de hecho o no. Los activos incluyen, por tanto, a los ocupados y a los parados. Los que ni siquiera buscan trabajo no se consideran "parados", sino "no activos".

⁴Cf. OCDE, *Statistiques retrospectives 1960-1984*, pp. 34, 35 y 39.

de integración en la sociedad, y las repercusiones que todo ello tiene sobre la convivencia familiar y conyugal, así como sus eventuales derivaciones en formas marginales de conducta (alcoholismo, drogadicción, delincuencia). El *segundo hecho* que quería invocar no afecta al parado mismo, sino a la sociedad en general: consiste en ver en el desempleo una amenaza que se cierne sobre todo el que tiene un trabajo. En ese contexto, alcanzar y conservar un empleo estable se convierte en el objetivo más ansiado para cualquiera: y de ahí esa tendencia tan generalizada a encontrar trabajo como funcionario público, que es el puesto más estable de cuantos se pueden lograr. Pero esto reduce la capacidad de iniciativa general de la sociedad y, de alguna forma, la empobrece.

Una sociedad donde no habrá trabajo para todos

Todos los indicadores apuntan al hecho de que el paro tiende a convertirse en un fenómeno permanente de nuestro mundo. A medio plazo no se ve que podamos retornar a una sociedad de pleno empleo, como era aquella a que nos acostumbró la etapa del desarrollo de los años 50 a los 70. Esto hace que el trabajo se convierta en un bien que, a partir de ahora, hay que repartir equitativamente entre todos los que aspiran a él. Es un problema nuevo, porque hasta ahora se daba por supuesto que todo el que quería trabajar podía conseguir, en la práctica totalidad de los casos, un empleo adecuado a sus posibilidades.

¿Por qué se ha producido un cambio tan radical en estos años? Sería largo entrar en los pormenores de la crisis. Pero alguna justificación exige esta afirmación que acabo de hacer y que tan central es en todo el conjunto de estas reflexiones. La crisis que estalló en 1973, con la subida espectacular de los precios del petróleo, produjo enormes conmociones en todas las economías nacionales. Técnicamente hablando, dio origen a una *nueva división internacional del trabajo*: al encarecerse uno de los elementos que con mayor peso entraba en la producción (la energía), aquellos países que poseían otro de los elementos alternativos (el trabajo) y podían emplearlo a un coste relativamente más bajo desplazaron a los más desarrollados (en los que el trabajo era más caro) en el mercado mundial. Es una cuestión de pura competencia económica: el que puede producir más barato expulsa del mercado al que lo hace a precios superiores. Si a esto se añade la recesión que se produce en todas las economías y la reducción de la demanda de productos como efecto típico de la crisis, se explica la expansión de paro y los niveles que llega a alcanzar, así como su resistencia a disminuir: en verdad, estamos ante lo que con todo derecho puede denominarse un *cambio*

estructural.

Sin embargo, los países más industrializados han desencadenado un reacción ulterior. Su resistencia a quedar desplazados en el mercado mundial los ha llevado a buscar nuevas alternativas. Y han encontrado una: la incorporación masiva de la microelectrónica a la producción. Esto abarata de nuevo los costes de producción y devuelve a estos países más desarrollados su competitividad, pero a costa de reducir el trabajo (que es factor caro). Por eso, la recuperación económica no se prevé acompañada de un aumento del empleo: de hecho, ya comienza a hablarse de salida de la crisis sin que el paro se reduzca por el momento. Y hay razones para pensar que seguirá sin reducirse. El desarrollo de la microelectrónica —espectacular, por otra parte— nos está conduciendo a una situación en que la técnica sustituye rápidamente al trabajo humano. Por eso el desempleo tiende a convertirse en un *fenómeno permanente de nuestra sociedad "postindustrial"*. Pero este no es el único cambio de importancia en lo que respecta al trabajo, ni el más importante. Veamos otros aspectos de la cuestión.

Una nueva forma de entender el trabajo

La época industrial se caracteriza, entre otras cosas, por una forma muy peculiar de entender el trabajo. Siete rasgos configurarían la concepción de éste: a) realizarse por cuenta ajena; b) ser retribuido mediante el pago de un salario; c) llevarse a cabo en relación de dependencia; d) para un solo empleador; e) en los locales de éste (y, por tanto, no en el domicilio propio); f) en régimen de jornada completa; g) por un tiempo indefinido⁵. En verdad, ésta es una forma muy restrictiva de entender el trabajo; y, sin embargo, se comprende la importancia que ha tenido en el último siglo y medio con sólo recordar que todo el Derecho Laboral se ha desarrollado en torno a él.

Pero no es este aspecto jurídico el que nos interesa, sino su aspecto social y axiológico: de hecho, toda la vida humana ha girado en torno al trabajo productivo y remunerado, y éste se ha constituido en el elemento fundamental de realización personal y de integración social. Por eso, estar en el paro hoy no implica sólo carecer de una fuente estable de ingresos (muchas veces los sistemas de subsidio eliminan esta eventualidad, en todo o en parte), sino sobre todo sentirse sin sitio en la sociedad y sin reconocimiento en ella.

⁵Cf. E. CORDOVA, *Del empleo total al trabajo atípico. ¿Hacia un viraje en la evolución de las relaciones laborales?*: Revista Internacional Trabajo 105 (1986) 431-449.

Pues bien, la crisis económica actual pone de manifiesto que, mientras más se insista en mantener esta forma tan estricta de concebir el trabajo (y de exigirlo), más dificultades se ponen a la reducción del desempleo. Ya es difícil que el paro disminuya, pero más difícil será si la sociedad se empeña en que los que trabajan los hagan en las condiciones tan específicas que señalábamos más arriba. Por eso, hoy se habla cada vez más de la *flexibilidad laboral*.

Este término de "flexibilidad laboral" es un arma de dos filos. De hecho se está convirtiendo en objeto de conflicto entre los grupos sociales, y especialmente entre empresarios y trabajadores y entre estos últimos y el gobierno. En verdad, es un concepto ambiguo que se presta a muchas tergiversaciones. La más frecuente es la de identificarla sin más con despido libre. Entendida así, será siempre una amenaza para el trabajador, que ya sabemos cómo se resiste a perder el puesto de trabajo; pero además contradice a derechos básicos del trabajador, cuya garantía ha logrado como fruto de luchas de muchos años. Ahora bien, excluida esta simplificación de lo que es la flexibilidad laboral, hay que reconocer que con ella se está aludiendo a un complejo problema derivado de la crisis: al hecho de que ésta está exigiendo una mayor capacidad de adaptación (flexibilidad) del factor trabajo a las condiciones nuevas del mercado. Quizá esta afirmación pueda sonar en algunos oídos como una supeditación indebida del hombre (trabajador) al capital y a sus férreas exigencias. Creo, sin embargo, que no se trata de eso (aunque no se excluya el peligro de que se cometan abusos en nombre de la flexibilidad), sino de comprender que las circunstancias han cambiado *de nuevo*. Digo "de nuevo", porque ese largo proceso de reivindicaciones y luchas que está a la base del Derecho del Trabajo se puso en marcha a partir de *otro cambio* en la situación social: la *revolución industrial*. Pero no pienso que haya mucha gente dispuesta a idealizar la sociedad industrial, nacida de dicha revolución, y a defenderla en todos sus extremos: sería una postura extremadamente ingenua.

La flexibilidad laboral postula, entre otras cosas, una mayor diversificación de las condiciones de empleo (contratos a tiempo parcial o de duración limitada, etc.) y en las modalidades y hábitos de trabajo (ductilidad en cuanto al tiempo y al lugar de trabajo o a la forma de organizarlo), así como una reducción de las reglamentaciones (muchas de las cuales respondieron a circunstancias que hoy ya han dejado de tener vigencia, pero que se mantienen por inercia)⁶.

⁶Uno de los mejores estudios sobre el tema es el informe elaborado por un grupo de expertos para la OCDE: cf. GRUPO DE EXPERTOS DE LA OCDE, *La flexibilidad del*

Una de las consecuencias de la inflexibilidad del mercado de trabajo es lo que se llama la *economía sumergida*. Es un fenómeno cada vez más generalizado. Mucha gente, que no puede soportar las condiciones que le impone la legalidad vigente en cuanto a regulación laboral y cotizaciones sociales o pagos a Hacienda, opta por refugiarse en la ilegalidad ("sumergirse") y desarrollar su actividad económica en situación de permanente fraude fiscal y/o sociolaboral⁷. Resulta difícil encontrar una justificación a estos comportamientos, porque suponen un alto grado de insolidaridad (competencia desleal que perjudica a los que quieren mantenerse en la legalidad, fraude económico al Estado cuando más necesitado está de recursos para hacer frente al paro y promover la reactivación). Y, sin embargo, es sorprendente ver cómo la sociedad se hace cada vez más tolerante con los que actúan así, como si existiera un consenso tácito sobre la imposibilidad para muchos de actuar en la legalidad. Con esto no quiero convertir la opinión más generalizada en el criterio para determinar lo que es moralmente aceptable: pero tampoco podemos cerrar los ojos ante un hecho tan expresivo como es esa dificultad cada vez mayor para mantener una actividad económica en el marco de la legalidad. ¿No significa esto que la misma estructura legal y sus fundamentos ideológicos están irremisiblemente en crisis?⁸

Esta flexibilidad del trabajo está dando origen a otras modalidades que, sin llegar a la estricta ilegalidad, tampoco se identifican sin más con el trabajo típico de la sociedad industrial. Algunos autores hablan de *economía gris* para referirse a algo parecido a lo que antes eran las tareas domésticas. Sólo que en este contexto tienen un sentido un poco diferente: ya no son

mercado de trabajo, Papeles de Economía Española 27 (1986) 87-98.

⁷La bibliografía es cada vez más abundante, así como los estudios empíricos que tienden a evaluar las dimensiones del fenómeno (tarea extremadamente difícil, ya que la economía sumergida se caracteriza por su sistemática ocultación). Algunas visiones de conjunto pueden verse en: J. GOROSQUIETA, *La economía sumergida: Razón y Fe* 207 (1983) 64-73; M. MANCHA, *La economía sumergida. Un intento de síntesis*: Información Comercial Española n. 642 (febrero 1987) 125-146. En España, según cálculos de la Secretaría General de Economía y Planificación, el 18.4% de los trabajadores que tienen una ocupación remunerada están en situación irregular, proporción que aumenta en determinados colectivos (jóvenes menores de 25 años, mujeres, personas sin responsabilidades familiares, personas con menor nivel educativo o más baja cualificación profesional).

⁸En efecto, el fenómeno de la economía sumergida adquiere una significatividad mayor si se le interpreta —y creo que hay que hacerlo así— como síntoma de la crisis profunda que afecta a todo el sistema del "Estado de Bienestar" ("Welfare State"), que tan buenos frutos ha venido dando en términos de desarrollo económico y social en Occidente desde el final de la segunda guerra mundial. No podemos entrar aquí en los detalles de esta importante cuestión. Pero lo insinúo para que se vea cuál es el alcance la crisis de que hablamos.

exclusivas de la mujer, sobre todo desde que éste tiende a incorporarse al trabajo fuera del hogar, sino que suelen repartirse entre los dos cónyuges y otros miembros de la familia; pero, por otra parte, conducen a una nueva forma de distribuir el tiempo de trabajo y a compaginarlo con el de esas tareas hogareñas; por fin, permiten a la pareja ahorrar haciendo por sí misma lo que, encargado al exterior, cada vez resulta más costoso. Por eso cada vez abundan más las ofertas de “hágalo usted mismo”.

En otras ocasiones se habla de *economía malva* para designar algo que se encuentra a medio camino entre la economía gris y la economía sumergida. En efecto, muchos acaban proyectando sus tareas domésticas sobre el entorno de sus vecinos, una vez que adquieren cierta pericia: lo que comienza siendo un “hobby” se convierte en una actividad medianamente rentable, pero sin alcanzar el rango de una actividad productiva en el sentido pleno de la palabra. A veces se trata de bienes y servicios de pequeña entidad pero que en el fondo son un capricho o un pequeño lujo (decoración, cultivo de plantas, etc.)⁹.

La difusión creciente de estas formas de actividad —que, estrictamente hablando, no estaríamos dispuestos a llamar “trabajo”— ha sido posible gracias a la disminución del tiempo de trabajo. Hoy día, como consecuencia de los avances técnicos y del aumento correlativo de la productividad del trabajo humano, no es preciso dedicar tantas horas a desempeñar una actividad productiva y remunerada. Ni la situación del mercado de trabajo lo permite, ni tampoco hay estímulos personales para ello. Pero lo importante es que la *reducción cuantitativa* de las horas de trabajo produce una *transformación cualitativa* del sentido de éste, una diversificación en sus formas. Y estos cambios dejan sentir su efecto sobre el conjunto de la vida social, como veremos enseguida.

Pero antes de entrar en este punto conviene aludir al menos a otra de las funciones tradicionales del trabajo que la actual crisis también está cuestionando: la de ser la *fuerza de ingresos* por excelencia dentro de la sociedad industrial. Hoy día se empieza a dudar de que en el futuro vayamos a poder seguir funcionando así. Si el empleo para todos no se pudiera garantizar, ¿cómo asegurar unos ingresos mínimos a aquellos a los que la sociedad no puede ofrecer un puesto laboral? Para cuando eso ocurre (ocurría...) de forma parcial y transitoria (en caso de una depresión económica pasajera), el Estado de bienestar había arbitrado el seguro de desempleo. Pero no olvidemos que este subsidio está concebido para hacer frente a situaciones provisionales. Si hoy la Seguridad Social tropieza con enormes dificultades

⁹Cf. C. HANDY, *El futuro del trabajo humano*, Ariel, Barcelona 1986, pp. 69-82.

para su financiación, es porque nunca fue pensada para una situación de paro estable y permanente como el actual.

Todo ello parece sugerir que el trabajo está dejando de ser el mecanismo fundamental para distribuir la renta que la sociedad genera. Con otras palabras, se está rompiendo la vinculación tan estricta de la era industrial entre renta y trabajo productivo. ¿Llegará un momento en que la sociedad se vea obligada a distribuir la riqueza que en ella se produce según unos criterios diferentes al empleado hasta ahora, es decir, en función del trabajo productivo de cada individuo? Quizá ese momento esté lejos, pero no es, en modo alguno, impensable. Y ya hay quienes se preocupan de estudiar cuáles podrían ser los criterios alternativos de distribución de la riqueza, cuando aumente el número de personas que desempeñan tareas útiles para la sociedad pero no estrictamente productivas¹⁰.

Una nueva forma de entender la vida humana

Pero en la sociedad industrial el trabajo no sólo es fuente de ingresos e instrumento de asignación de la renta nacional. Había llegado a ser el elemento clave para la integración personal: la vida humana y social gira, en gran parte, en torno al trabajo productivo y remunerado. Entre las consecuencias de este hecho pueden contarse el acceso generalizado de la mujer a esa forma de actividad, la frustración que engendra el no tener ocupación retribuida aunque se disfrute de un subsidio de desempleo, etc. En realidad, lo que nos ha ocurrido es que hemos llegado a identificar *actividad humana* con *trabajo productivo*. Las consecuencias de este hecho son incalculables.

Todo ser humano necesita actuar para realizarse como tal. Pero esta actividad puede revestir modalidades diversísimas. Cuando el trabajo productivo y retribuido se convierte en la actividad humana por excelencia, todas las demás formas quedan en un segundo plano y pierden gran parte de su valor social; incluso tienden a valorarse con los mismos criterios del trabajo productivo (que es el verdadero prototipo). Eso explica que nuestros contemporáneos sean tan proclives a medirlo todo en términos de productividad, que busquen siempre una compensación capaz de justificar cualquier esfuerzo: en una palabra, en nuestro mundo predomina una mentalidad abiertamente *mercantilista*. Se comprende, pues, que el modelo de relaciones laborales termine por invadir todos los ámbitos de la existencia humana y social.

¹⁰Cf. J.N. GARCIA NIETO - E. ROJO, *Paro, trabajo, planificación del futuro*, Cristianisme i justícia, Barcelona 1985. Cf. también G. CAMPANINI, *Cattolici e marxisti di fronte al lavoro*: Rivista di Teologia Morale 19/3 (1987) 39-58.

Es más, todo esto no es una mera cuestión fáctica. Está implicado también el mundo de los *valores*. Por eso lo que está implícito aquí es una verdadera *actitud ética* ante la vida humana: no es sólo que las cosas son así, sino que aspiramos a que lo sigan siendo (que el trabajo sea cada vez más productivo, que ello nos permita el acceso a unos niveles de renta cada vez más elevados, etc.). Ello conduce a otro de los rasgos típicos de nuestro mundo: la *confianza en el progreso indefinido*. Efectivamente, este progreso se ha traducido, de hecho, en las últimas décadas en un proceso continuo de aumento del bienestar social: se explica, por tanto, que tendamos a pensar que nunca se detendrá. Pero resulta, además, que este progreso sólo se mide en términos económicos y cuantitativos, lo cual restringe artificialmente su sentido y su alcance. En cualquier caso, esta confianza en el progreso se ha mostrado enormemente fecunda, aunque también bastante discriminatoria, para el desarrollo reciente de la humanidad. La lucha social, que se desarrolla desde hace tiempo en toda negociación colectiva, por incrementar cada año los salarios y los ingresos en general es una manifestación bien expresiva de ello.

Pues bien, todo eso ha quedado también radicalmente afectado por la crisis. Esta es la razón de que cada día se hable más de *crisis cultural*: lo que comenzó siendo una crisis económica terminó incidiendo también en otros niveles más profundos de la vida hasta llegar a poner en cuestión las mismas concepciones y actitudes fundamentales que, durante décadas, impregnaron toda la cultura occidental.

Por referirnos sólo a lo más evidente: la creciente reducción del tiempo de trabajo (tanto por su mayor productividad como por su mayor escasez) nos están conduciendo a una nueva forma de entender y vivir el *tiempo libre*. En la sociedad industrial más tradicional, el tiempo libre era fundamentalmente tiempo para descansar, para recuperar las fuerzas perdidas y poder volver al trabajo. Con la reducción de la jornada laboral y la mejora de las condiciones de trabajo, el tiempo libre empieza a ofrecer nuevas posibilidades: primero, de una forma tímida e incipiente, con muchos grados distintos según los recursos de cada uno ("hobby"); después, cuando el hecho se generaliza, como un tiempo cada vez más autónomo y con sentido por sí mismo.

Esta diferenciación creciente entre trabajo productivo y actividad humana es, en parte, también consecuencia de la penosidad del trabajo. El hombre moderno parece resignado a no buscar en el trabajo más que la obtención de unos recursos suficientes para poder vivir; pero al mismo tiempo sabe que puede disponer de otros espacios vitales en que sentirse persona en el más auténtico sentido de la palabra. Es cierto que la penosidad física del

trabajo humano se ha reducido considerablemente, pero no ocurre lo mismo con la penosidad psicológica: ni siquiera la revolución de los microprocesadores ha servido para superar la tradicional y tan criticada dependencia del hombre respecto a la máquina. Esta es hoy menos burda, más civilizada si se quiere, pero no deja de ser deshumanizante¹¹. ¿Cuántas son las personas que se sienten a gusto en su trabajo? ¿Cuántas las que no experimentan que sus dimensiones más humanas quedan como recortadas y sin apenas posibilidad de expresarse? Ciertamente no todos viven así su trabajo, pero sí una mayoría suficientemente significativa como para que haya que tenerla como determinante en la vivencia más generalizada de nuestros contemporáneos.

Pero no perdamos de vista las perspectivas nuevas que abre este cambio. Si el tiempo de trabajo productivo se reduce, su peso será cada vez menor en el conjunto de la vida humana, *cuantitativamente* (jornada laboral más breve, pero también jubilación más pronto e incluso acceso más tardío al trabajo) y también *calitativamente*. ¿Cabría en este sentido esperar que valores tales como la *gratuidad*, que fueron tan tajantemente desplazados por el *mercantilismo* típico de la mentalidad industrial, puedan ser recuperados por las generaciones que nos sigan? Si tales cosas ocurrieran, habría razones para contemplar con cierto optimismo, tal como se indicaba al principio, esta crisis que tanto pesimismo genera por todas partes.

Las observaciones que preceden son como un botón de muestra para poner de relieve la amplitud de los cambios que se pueden llegar a producir. Tampoco la reflexión teológica sobre el trabajo humano queda al margen de esta revisión. No se puede enfatizar de forma descomedida el aspecto positivo (mediante el trabajo el hombre se hace colaborador y continuador de la obra creadora de Dios), a no ser que esto se aplique al trabajo en general, pero no a todos y cada uno de los trabajos concretos. Hoy parece resaltar más el aspecto negativo (el trabajo como maldición). En todo caso hay que proceder con cautela y no caer en simplificaciones¹².

No podemos eludir, en este contexto, una referencia a la última encíclica social de Juan Pablo II, la "Laborem exercens". Supone una buena síntesis de todo el pensamiento social precedente de la Iglesia y una afirmación inequívoca de la primacía de la persona humana (sobre el capital y los medios materiales). Pero refleja todavía un estadio de pensamiento en que

¹¹Cf. P. GARCIA GOMEZ, *Mirada antropológica sobre el (sin)sentido del trabajo*: Diálogo Filosófico 2 (1986) 302-312.

¹²Cf. J.M. AUBERT, *Humanisme du travail et foi chrétienne en Chômage et droit à l'emploi*, Cerf, Paris 1981, pp. 61-85; J.J. ALEMANY, *Pautas para una teología del trabajo*: Sal Terrae 66 (1978) 835-842; G. PIANA, *Trabajo humano: bendición o maldición?*: Concilium 18/3 (1982) 554-563.

el trabajo productivo (no claramente diferenciado de la actividad humana en general) ocupa un puesto demasiado relevante en la vida humana: y ya hemos visto cómo esta forma de entender las cosas es propia de una época concreta del desarrollo de la humanidad, la sociedad industrial. Esto no significa sino que la doctrina social de la Iglesia nunca puede considerarse como algo definitivamente cerrado y no susceptible de ser cuestionada por la historia misma.

¿Una juventud que rechaza esta sociedad del trabajo y del bienestar?

Junto a los que se sienten hondamente decepcionados y/o amenazados por la crisis, o a los que la contemplan con una mezcla de perplejidad ante el presente y esperanza respecto al futuro, otros parecen situarse al margen de lo que está pasando y reaccionar con una indiferencia que raya a veces en el desprecio. Esta última actitud suele darse en determinados ambientes juveniles, pero no puede considerarse común a la juventud entera, ni tampoco exclusiva de ésta¹³.

Entre los jóvenes es frecuente una forma de reaccionar que "desarma" a las generaciones que mejor representan y más se identifican con la sociedad industrial. Es una actitud tanto más ambigua cuanto que supone, a la vez, un rechazo global de la sociedad presente y un vivir a expensas de ella. Muchas veces se ha subrayado, con ocasión de las recientes revueltas estudiantiles dentro y fuera de España, que estamos ante una juventud nada idealista (a diferencia de la de 1968), incapaz de ofrecer alternativas de conjunto, pero que reivindica reformas concretas muy pragmáticas (que las pruebas de la selectividad faciliten un acceso más generalizado a la Universidad, por ejemplo)¹⁴.

Una posible hipótesis explicativa de esta ambigüedad habría que buscarla en las diferencias que separan estas generaciones de las que les precedieron. Los que hoy son jóvenes han llegado a esa etapa de la vida a través de un camino bien distinto del que recorrieron sus mayores: éstos vivieron su niñez en un ambiente de escasez y de dificultades; aquéllos, en un contexto de abundancia (aunque no todos la disfrutaran en el mismo grado).

¹³Esta aclaración deberá tenerse en cuenta para comprender a quién me refiero siempre que en adelante use el término "juventud", u otros semejantes, por razones de brevedad: se trata de un concepto más cualitativo que cuantitativo.

¹⁴Cf. F. ENTRENA, *La protesta estudiantil y la crisis del desarrollismo*: Proyección 34 (1987) 123-130. Debo también muchas ideas de este apartado a la ponencia presentada por J. RAES en el Congreso de EUROJESS celebrado en Barcelona en septiembre de 1987.

Pero esos jóvenes se encuentran ahora, de pronto, ante una crisis para la que se sienten inermes. No han tenido ocasión de aprender a luchar, y ahora se les exige que luchen denodadamente si quieren situarse en esta sociedad en época de "vacas flacas". Ni el futuro está claro ni el pasado es determinante: porque se ha perdido la confianza en el crecimiento continuado, o en la viabilidad misma de la sociedad de bienestar. Como consecuencia, el individuo se encuentra sin puntos de referencia, desorientado; y además desequipado para orientarse en unas coordenadas a las que no estaba habituado.

Pero tampoco le entusiasma a la juventud actual el integrarse en la sociedad que le han legado sus mayores. En algún sentido, cabría decir que tampoco se siente muy afectada por el hecho de que esta sociedad se venga abajo. Quizá es más sensible que otros colectivos ante lo que le presentaban como una época cuasi dorada, tiene más capacidad para tomar una distancia crítica respecto a todo eso. Por la misma razón es proclive a enrolarse en ciertos movimientos marginales que reivindican un cambio radical en la sociedad, una verdadera alternativa (aunque no siempre esté explicitada y, mucho menos, concretada): piénsese en el movimiento ecologista, el pacifista, el feminista... , y en la convergencia que se da entre las intuiciones más hondas de todos ellos.

Frente a los valores de *orden* y *trabajo* que presiden y legitiman toda la sociedad industrial, estos movimientos, que podrían estar anunciando lo que va a ser la sociedad del futuro, parecen organizar todo su sistema de valores en torno a la *autonomía*. Esta autonomía se traduce, entre otras cosas, en la importancia que atribuyen a desarrollar una actividad libremente aceptada: por eso prefieren muchas veces trabajar en la economía sumergida, dedicarse a "hobbies" personales o a pequeñas actividades que les permitan sobrevivir, pero tienen en cambio una gran resistencia a integrarse en un trabajo "normal", es decir, sujeto a unos condicionamientos férreos en cuanto a horarios, disciplina, organización, etc.

¿Es todo esto un fenómeno pasajero, propio de personas que pueden "permitirse el lujo" de pasar unos años de su vida "experimentando" (gracias quizá a que vivimos en un mundo de abundancia), sin sentirse atados por grandes responsabilidades? ¿O estamos ante un hecho de más largo alcance, porque es sintomático de transformaciones más profundas y generalizadas que se avecinan? Es grande la tentación de optar por la primera alternativa. Sin embargo, después del análisis que hemos llevado a cabo de la crisis, tal respuesta parecería insuficiente. Si el proceso actual hay que considerarlo como irreversible, estos brotes de inconformismo y rebeldía, cualesquiera que sean sus manifestaciones, no pueden despreciarse como algo marginal y sin consistencia. Hoy quizá lo son. Pero si nos interesa el presente, no es en

cuanto algo cerrado sobre sí mismo, sino como germen del futuro y abierto a él.

No sabemos cuál será el porvenir que nos espera, ni cómo será la sociedad del futuro. De lo que no se puede dudar es de que no será una mera reproducción del pasado. Hoy se escribe bastante sobre la sociedad *post-industrial* o de la sociedad *post-materialista* o de la sociedad *post-moderna*. ¿No hay detrás de ese continuo recurso al prefijo "post" un reconocimiento larvado de que lo único que sabemos es que "algo distinto" viene detrás de lo que estamos viviendo? Esta convicción de que una mutación en profundidad se viene gestando es una de las pocas seguridades que permite el estado de cosas en que nos desenvolvemos. La cuestión está en saber si somos capaces de conformarnos con eso, o nos empeñamos en construir seguridades donde no las puede haber.

A modo de conclusión

Por eso, la aparente contradicción que señalábamos al comienzo de estas páginas se vuelve ahora menos dramática: mirando al futuro se adivina una cierta convergencia, en el sentido de que la juventud de ahora se rebela contra una sociedad que, por otras razones, está llegando al límite de sus posibilidades. Lo único deseable es que el cambio no se haga de forma salvaje, sino bajo el control de la sociedad misma. Esto exigiría un amplio consenso social, que, desgraciadamente, echamos de menos aún en las cosas más elementales.

En todo caso, estamos ante un reto a la imaginación colectiva. Los economistas y los políticos se preocupan cada vez más de la supervivencia de los pueblos y de la humanidad entera. Pero no siempre son capaces de superar las inercias del pasado. ¿Piensan que la única forma de contentar a sus votantes es seguir prometiendo empleo para todos en un corto espacio de tiempo? ¿Temen que, si hablan de cosas tan vagas como "una sociedad nueva" o "un nuevo orden económico-social", serán tachados de ingenuos e idealistas o rechazados como hombres públicos por ineficaces?

Quizá el pragmatismo sea una de las limitaciones más insuperables de la política. Pero por eso precisamente es más necesario que en los procesos de formación de la opinión pública intervengan otros protagonistas sociales menos preocupados por la inmediatez de los resultados. Esto es una llamada a la responsabilidad pública, entendida ésta como una participación efectiva en el debate ideológico de la sociedad. La huída de la vida privada (el refugiarse en ese ámbito para no sentirse a la intemperie cuando soplan vientos huracanados) es un fenómeno típico de épocas de crisis. Aparte

de la insolidaridad que esto genera (se multiplican las actitudes defensivas, que crecen en espiral y terminan desatando la agresividad de todos contra todos), se extingue así la imaginación colectiva, la búsqueda conjunta de soluciones alternativas capaces de devolver la esperanza.

Terminamos. Este artículo quiere ser una llamada a acercarse con optimismo y de una forma creativa a la crisis de nuestro tiempo, a perderle el miedo a la misma. Los obispos españoles, dentro de su plan de renovación pastoral, se han preocupado recientemente por exhortar a los católicos a comprometerse en la vida pública, subrayando que con ello no quieren reducirse a los estrechos límites de la política¹⁵. Sólo la toma de conciencia de esta diferencia bastaría para dinamizar a la sociedad española a través de un colectivo representativo de ella, que ahora parece atravesar una crisis de identidad y sentirse, quizá por eso mismo, incómodo cuando se le invita a participar en la vida pública. También en este campo se hace deseable un cambio en profundidad. ¿No daría así la Iglesia española un paso decisivo en su tarea de renovar desde la fe su respuesta a las interpelaciones que recibe continuamente desde la historia?

Ildefonso Camacho

¹⁵Cf. COMISION PERMANENTE DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *Los católicos en la vida pública*, Madrid 1986, n. 7.